

que no hablase conmigo; y en las meditaciones, ninguna que no fuese muy propia para hacerme mudar de vida. De los propósitos, ¿qué fruto no pude sacar? Ni uno solo había que no pudiese poner en ejecución. Pero no estuve de ese humor, no me dió la gana de aprovecharme de tantos medios. Yo me muero, y me muero con una espantosa incertidumbre de mi salvación, con un funesto presentimiento de mi condenación eterna.

¡Ah mi Dios y mi Salvador, tened misericordia de mi alma! ¿No acabo de ver en esto mismo mi retrato? ¿no seré yo algún día este desdichado moribundo? Esta meditación que estoy haciendo, ¿no será por ventura ó por desgracia mia una de las piezas que entren en mi proceso? ¿no pondrá el sello á mi reprobación? ¡Ah, que sí lo será! Todo esto producirá si no me convierto desde este mismo punto. Resuelto estoy á hacerlo; y vos, Señor, haced este milagro. Así os lo pido por la intercesión de vuestra divina Madre: no permitáis, mi Dios, que yo me condene.

JACULATORIAS. — Dios mio, interésase vuestra misma gloria en que yo no malogre tantos medios para salvarme: por lo mismo que son tantos y tan enormes mis pecados, son mas propios para que resplandezca mas vuestra bondad y vuestra misericordia. (*Psalm. 24.*)

¿Hasta cuando, Señor, gritaré, y vos no me oíreis? ¿hasta cuando levantaré mi voz á vos en los justos temores que me sobresaltan, y vos no me salvareis? (*Habac. 1.*)

PROPOSITOS.

1 El que no contribuyó á las desgracias que le suceden, encuentra razones para consolarse, por lo menos en la religion, recurriendo á la paciencia; pero cuando nos suceden los infortunios por nuestra pura irracionalidad; cuando no nos quisimos valer de los medios fáciles y seguros que tuvimos para evitarlos; cuando despreciamos los saludables consejos que se nos daban para precaverlos; cuando uno se espone voluntariamente á los peligros, ¿será digno de compasion si se pierde? Nunca harás reflexiones mas importantes, ni que mas te interesen que estas: ponlas en ejecución. Ninguno se condenó que no fuese por su culpa: nunca te olvides de esta verdad. ¿Te aprovechas de los medios y de los auxilios que tienes para ser santo? ¿cumples con las obligaciones de cristiano, de religioso y de siervo fiel? ¿qué fruto sacas de la oracion, de la frecuencia de sacra-

mentos, de los ejercicios espirituales, del santo sacrificio de la misa? ¿qué fruto de la leccion espiritual, de los avisos que te dan, de las secretas inspiraciones y de tantos buenos ejemplos?

2 *Este Año cristiano*, estos ejercicios devotos para todos los dias, son un medio muy particular que Dios te proporcionó para que hicieses una vida verdaderamente cristiana. ¡Qué dolor, qué despecho en la hora de la muerte, si la vida del Santo que leiste cada dia, si las reflexiones sobre la epístola, si la meditación, si las jaculatorias, y en fin, si los propósitos tan oportunos para moverte á una inocente y santa vida fueron todos sin provecho para tí! Si te contentaste con leerlo sin practicarlo, ¡qué desesperacion en aquella hora de haber tenido en la mano un medio tan eficaz para ser santo, sin haberte aprovechado de él! Si en este libro se enseñara el arte de hacerse uno rico, ¿habria siquiera uno que despreciase sus preceptos? Enseña el arte de hacernos santos, ¡y no se hace caso de ellos! Ninguno leerá esto que no se acuerde de ello en la hora de la muerte. Pues evita desde luego el mortal dolor que entonces tendrás si no te aprovechas de ello con tiempo.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

SAN RUFO, en Roma, al cual con toda su familia hizo martirizar Diocleciano (el año 303.)

EL TRÁNSITO DE SAN SÓSTENES, discipulo de S. Pablo, en Corinto, de quien el mismo apóstol hace memoria escribiendo á los Corintios (*Uamándole hermano. Ep. 1. c. 1. v. 1.*) Siendo Sóstenes príncipe de (*una de las sinagogas de los judios de Corinto*), se convirtió á Jesucristo, por cuya causa fué cruelmente azotado (*por los mismos judios*) en presencia del procónsul Galion (*sin que éste hiciese caso de ello*), consagrando con un principio tan señalado las primicias de su fe. (*Hechos Apost. 18, 17.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES PAPINIANO Y MANSUETO, obispos, en el Africa; los cuales en la persecucion de los vándalos, por mandato de Genserico, rey arriano, fueron abrasados con planchas de hierro encendidas en defensa de la fe católica, alcanzando por este medio la corona de su glorioso martirio. En este mismo tiempo otros santos obispos, conviene á saber:

VALERIANO, URBANO, CRESCENTE, EUSTAQUIO, CRESCONTO, CRESCENCIANO, FELIX, ORTOLANO Y FLORENCIANO, habiendo sido desterrados y perseguidos por los mismos motivos, acabaron gloriosamente el curso de su vida.

LOS SANTOS MÁRTIRES ESTÉBAN EL MOZO, BASILIO, PEDRO, ANDRÉS Y OTROS TRESCIENTOS TREINTA Y NUEVE COMPAÑEROS MONGES, en Constantinopla; los cuales en tiempo de Constantino Copronimo en defensa del culto de las santas imágenes, fueron atormentados con varios suplicios, confirmando con su sangre la verdad católica. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN GREGORIO III, papa, en Roma; el cual esclarecido por sus méritos y santa vida, voló al cielo. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LA DICHOSA MUERTE DE SAN JACOBO (ó SANTIAGO) PICENO, confesor, del orden de Menores, en Nápoles; esclarecido por la austeridad de su vida, por su predicacion apostólica, y por las muchas legacias á que fué enviado por causa de la religion: fué canonizado por el papa Benedicto XIV. (En el espacio de cuarenta años seguidos no dejó un solo día de predicar la palabra de Dios ó al pueblo ó á sus hermanos religiosos; y eran tan vehementes y eficaces sus exhortaciones, que con un sermón que predicó en Milan convirtió á una vida austera y penitente á treinta y seis ramerías públicas. Rehusó el obispado de Milan, pero admitió las funciones de misionero en aquella ciudad. Obró varios milagros en Venecia y en otros lugares; y curó enfermedades peligrosas al duque de Calabria, y al rey de Nápoles. Pasó al Señor en el año de 1476 á los noventa de su edad, habiendo invertido setenta en el estado monástico: sus reliquias están depositadas en una rica capilla de su nombre en la iglesia titulada de nuestra Señora la Nueva, en Nápoles.)

SAN GREGORIO III, PAPA.

SAN Gregorio, tercero de este nombre, uno de los mas dignos sucesores de S. Pedro, y uno de los papas mas valerosos en oponerse con fortaleza apostólica á todas las novedades que han perturbado la paz de la Iglesia, fué siro de nacion, segun la opinion mas recibida, criado por Juan, su padre, en el sólido principio del santo temor de Dios, y educado en Roma en toda clase de literatura. Como el Señor le habia prevenido con sus mas dulces bendiciones, y se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, acompañados estos principios de un amor particularísimo á las letras, hizo maravillosos progresos tanto en la virtud como en las ciencias; é igualmente hábil en las lenguas orientales que en la latina, y perfectamente versado que inteligente en las santas Escrituras, se dejó ver el jóven mas cabal de su siglo. Promovido Gregorio á los órdenes sagrados, era el ornamento de todo el clero de Roma, en el que se distinguia notablemente por la santidad de su vida, por la pureza de sus costumbres, por su eminente piedad, y por su grande sabiduría, correspondiendo la justificacion de su conducta en todas las

épocas á los nobles principios de su educacion, y á la consagracion de su estado.

Vacó la silla apostólica por muerte de Gregorio II, que sucedió en el mes de enero del año 731. Tenia necesidad por entonces la Iglesia de un pastor magnánimo y brioso, de un papa santo y sabio, y de una cabeza visible, capaz de oponerse á las execrables violencias que perturbaban la paz del rebaño de Jesucristo; y como en Gregorio concurrían todos estos requisitos, por aclamacion comun de todo el clero y pueblo de Roma se hizo la eleccion en él, hallándose muy distante por su profunda humildad de apetecer honoríficos empleos. Consagrado en el jueves 22 de febrero del año espresado, día de la Cátedra de S. Pedro, desde el momento que se sentó en la silla apostólica acreditó con pruebas prácticas el acierto de su eleccion, y satisfizo con ellas el alto concepto que de su eminente virtud y de su gran sabiduría tenia formado la Iglesia de Roma. Las primeras atenciones de los desvelos del santo pontífice se dirigieron á conservar la pureza de la fe católica, á socorrer todas las necesidades de la Iglesia, á la reforma del clero, á desterrar los abusos, y á hacer que floreciese la justificacion de las costumbres de su pueblo. El se empeñó con infatigable zelo en la instruccion de los fieles, repartiéndoles el pan de la palabra divina, y en trabajar de continuo para mantener la doctrina ortodoxa contra el torrente de los vicios, y los esfuerzos de la herejía. El demostró siempre grande desinterés y mucho amor á la pobreza, distribuyendo entre los necesitados todas sus facultades sin alguna reserva. La misma conducta usaba con los cautivos y prisioneros, satisfaciendo el rescate de aquéllos y las deudas de éstos con una caridad inmensa, mirando siempre con una compasion tierna á las viudas, á los pupilos, y á los huérfanos, mereciéndose el renombre de padre de todos los necesitados por sus piadosos hechos.

Aunque bastaba la justificacion de su conducta, y la exactitud de su vigilancia pastoral en cumplir todos los deberes de su alto ministerio para relevar su mérito, con todo, lo que le hizo mas célebre en todo el orbe cristiano, fué el valeroso teson con que empeñó toda su autoridad y toda su reputacion para tranquilizar las inquietudes que perturbaban la paz de la Iglesia; no siendo fácil explicar el ardor y el zelo verdaderamente apostólico con que se aplicó á sofocar todas las perniciosas novedades que se suscitaban en el Oriente.

Leon el Isáurico, que desde una miserable estraccion habia llegado á ser general del imperio, y á ocupar el trono del Oriente por los años 717, sostenia, á costa de inmensas crueldades, el

error de los herejes iconoclastas que negaban el culto á las santas imágenes. Para dar una prueba nada equívoca del empeño que tenía en proteger tan perverso pensamiento, no contento con la sangre que hacia derramar en sus vasallos ortodoxos, no pudiendo atraer á su partido á las personas doctas encargadas de su real biblioteca, las hizo encerrar en aquella pieza magnífica, y mandando pegar á ella fuego, redujo á cenizas á los hombres mas sabios de aquella época, el insigne Monetario recogido á toda costa, innumerables pinturas, y mas de treinta mil volúmenes de la mas preciosa antigüedad.

Gregorio, que supo esta execrable barbaridad, y que le constaban las turbulencias que cada dia causaba el furor de Isáurico en el Oriente, trató de remediar el daño, que creyó continuaria en lo sucesivo con mayores escesos, á cuyo fin le escribió con valor y fortaleza apostólica en los términos siguientes: *¿Quién os obliga, serenísimo emperador, á volver atrás despues de haber marchado con tan justos pasos en los primeros años de vuestro reinado? Decís ahora que es una idolatria honrar á las imágenes: habeis mandado arruinar su culto sin temor del juicio de Dios, que castigará algun dia á los autores de tal escándalo. ¿Por qué no habeis consultado con hombres instruidos, piadosos y sabios? Debemos miraros como á un hombre sin literatura, grosero é ignorante; y por esta razon nos creemos en la precision de hablaros con fuerza, pero con verdad. Dejad vuestra obstinada presuncion, y escuchadnos con humildad. Las decisiones de la Iglesia no pertenecen á los emperadores, sino á los obispos; los que así como establecidos para ello no se mezclan en los negocios temporales, tampoco los emperadores deberán mezclarse en los eclesiásticos, sino contentarse en disponer de aquellos que les están confiados. Nos habeis escrito sobre juntar un concilio ecuménico; pero no lo juzgamos á propósito. Vos mismo, que sois el autor de la alteracion y de la inquietud, conteneos, y todo el mundo estará en paz. Tranquilizadas estaban las iglesias cuando encendiste el fuego de la division.*

Para llevar esta carta á Leon diputó el santo pontífice á un presbitero llamado Gregorio, quien sabiendo que estaba concebida con un vigor extraordinario, no se atrevió á presentarla; cuya timidez fué causa de que á su regreso á Roma tratase el papa de degradarle; bien que templado su justo enojo por los prelados del concilio que congregó en Roma para deliberar en el asunto, se le impusieron las correspondientes penitencias, volviéndole á enviar á Constantinopla en el año siguiente, que

era el de 732 con la misma carta, y otra no menos fuerte, y con la determinacion del concilio contra los herejes iconoclastas. Viendo el emperador por la lectura de aquellos documentos lo que el papa y el sinodo de Roma habian hecho para mantener el honor y culto de las santas imágenes, creyendo que en esto se le hacia la mayor injuria, mandó arrestar al legado, al que hizo sufrir muchas injurias y malos tratamientos en una dura prision, renovando desde entonces con mayor violencia que antes la persecucion contra los ortodoxos; con lo que no satisfecho resolvió enviar á Sicilia un ejército para apoderarse de los bienes que tenía allí la Iglesia de Roma, y causar otras violencias; bien que la armada que equipó para esta expedicion naufragó en el mar Adriático.

No se acobardó el valor del santo pontífice á vista de semejantes violencias, ni de las que amenazaba hacer el emperador en lo sucesivo; antes bien en contraposicion de su locura ocupaba en Roma á los mas diestros pintores y escultores en fomentar las pinturas y estatuas, con las que adornaba las iglesias y capillas á fin de mantener de todos modos el honor debido á las santas imágenes. Tambien juntó un nuevo concilio, en el que asistieron noventa y tres prelados del primero y segundo orden, todo el clero, cónsules y nobleza romana; y á presencia de todo el pueblo, que fué testigo de cuanto se determinó en aquella célebre asamblea, se fulminó excomunion contra todos los que destruian, impugnaban ó manifestaban irreverente menosprecio á las santas imágenes. Sobre lo cual se formó una constitucion aparte, la que envió Gregorio al emperador por medio de Constantino, defensor ó director de las rentas de Roma, á fin de atraerle á verdadero conocimiento. Pero estuvo tan ajeno de reconocer su error el impio principe, que dió orden de reducir al legado á una estrecha prision en Sicilia, en la que permaneció cerca de un año. No se intimidó el espíritu del santo papa con este desgraciado suceso; pues revestido con aquella fortaleza que constituye el carácter de los verdaderos sucesores de S. Pedro, resolvió oponer hasta el fin todo el poder apostólico al de un emperador que abusaba del suyo indignamente; para lo cual en el año siguiente envió un nuevo legado, que fué Pedro, tambien defensor de las rentas de Roma, el que no fué tratado mas favorablemente que sus predecesores. Y queriendo además el valeroso papa testificar el respeto que tenía á las santas imágenes, juntó cuantas pudo haber; é hizo construir una famosa capilla en la iglesia de S. Pedro, donde las colocó primorosamente, estableciendo allí una fiesta general en honor del Sal-

vador, de la santísima Virgen, de los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes.

No fueron solos los enemigos del Oriente los que ejercitaron la virtud y el sufrimiento del santo pontífice. Fatigado en reparar aquellas execrables violencias, se vió reducido con el pueblo romano á fatales estremidades, cuando Luitprando, rey de los longobardos, persiguiendo á Transamundo, duque de Espoleto, que se habia refugiado á Roma, sitió la ciudad, y saqueó la gran iglesia de S. Pedro con otros templos. Aunque en iguales casos acostumbraron los papas valerse del auxilio de los emperadores del Oriente, por no comunicar Gregorio con un escumulgado, ni verse en la precision de condescender con el impío empeño de Leon, recurrió á Cárlos Martel, entonces regente del reino de Francia, á quien diputó una honrosa legacia, y escribió muy respetuosas cartas, dándole el título de Cristianísimo, del que se han servido despues los reyes de Francia, enviándole las llaves del sepulcro de S. Pedro; por cuya insignia, que conceden los papas á los soberanos católicos, les crean camareros del Principe de los apóstoles y defensores de la Iglesia: estrechándole por todos estos medios á que le asistiese en la urgente necesidad con toda prontitud. Tuvo Cárlos Martel alguna dificultad en romper con los longobardos que eran aliados de la corona de Francia, los cuales le habian servido útilmente en sus expediciones contra los sarracenos; pero sin embargo, movido de las sabias, zelosas y nerviosas instancias de Gregorio, se resolvió á satisfacer sus súplicas, y librar á Roma de la opresion.

Acabó por aquel tiempo infelizmente sus dias el emperador Leon, y le sucedió en el trono su hijo Constantino, llamado Copronimo porque cuando se bautizó inficionó con la inmundicia de su cuerpo la pila bautismal; dicho tambien Caballino, porque acostumbraba frecuentemente á cubrir su cuerpo con el estiércol de los caballos. Hizo éste mucho esceso á su padre en las impiedades, y sobre todo en el odio contra las santas imágenes, y tuvo que batallar nuevamente contra el Gregorio, viéndose en la precision por último de separarle del gremio de la Iglesia á vista de su incorregibilidad y crueles atentados.

En medio de la universalidad de estos cuidados halló el santo pontífice tiempo para atender á los mas útiles establecimientos; y no le faltaron fondos para construir, reedificar y enriquecer muchos templos, prueba grande de un corazon dilatado, y de una piedad eminente. Consultado por S. Bonifacio, apóstol de Alemania, sobre varios puntos, le dió en sus respuestas los mas sabios y prudentes reglamentos para mantener la fe, y para

conservar la disciplina eclesiástica en las provincias de mas allá del Rin. Tambien hizo nuevos establecimientos de obispos é iglesias en Alemania, y autorizó cuanto habia ejecutado S. Bonifacio. Asimismo renovó algunas santas ceremonias instituidas por S. Gregorio el Magno, que estaban abolidas: prohibió que se celebrase el santo sacrificio del altar por las almas de los herejes; y ordenó que del patriarcazgo se proveyesen luces y demás necesario para las misas que se dijese en los cementerios de los mártires en los dias de sus festividades.

Finalmente, debilitada su salud á fuerza de sus continuos trabajos, quiso Dios premiar sus grandes merecimientos, llevándole para sí en el dia 28 de noviembre del año 741, despues de haber gobernado la nave de la Iglesia diez años, y cerca de nueve meses. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano, y sobre su sepulcro se labró en lo sucesivo una bóveda pintada á la mosaica. Consérvanse siete cartas de este insigne papa; pero la coleccion de veinte y tres cánones en forma de pontifical, sacados de los Padres antiguos y concilios sobre varios pecados, y sus remedios, que se han publicado bajo su nombre, la estiman algunos criticos por obra de mano mas reciente.

SAN ESTÉBAN EL MOZO, SOLITARIO Y MÁRTIR.

NACIÓ Estéban en Constantinopla, imperando Anastasio II, llamado Artemio; y aunque sus padres fueron bastante ricos, los faltaba mucho para que llegase su caudal adonde querian que llegasen sus limosnas, siendo mayor su corazon que sus facultades. Luego que el niño Estéban llegó á edad proporcionada, se dedicó al estudio con estraordinaria aplicacion; pero con tanta especialidad al de la sagrada Escritura, que la decoró perfectamente, escusando otro libro que el de su felicísima y fidelísima memoria. Entre las obras de los santos Padres, las que mas le llevaban la inclinacion eran las de S. Juan Crisóstomo; y aunque sus progresos en las letras eran grandes, iban muy delante de ellos los que hacia en la virtud. Oía la palabra de Dios con aquel gusto espiritual que abre el camino á la inteligencia de las verdades eternas; despreciaba con generosidad cristiana las grandezas de este mundo, tan vanas como caducas; pensando solo en merecer las eternas, fruto precioso que solo le produce la inocencia de la vida. Así se iba formando el jóven Estéban en la virtud y en las letras, mientras el emperador Leon, por sobrenombre Isáurico, iba madurando el sacrilego intento de declarar la guerra á las imágenes de Dios y de los santos. Dió prin-



S. ESTEBAN EL MOZO,
SOLITARIO.

cipio á ella por la violenta deposicion del patriarca S. German, con cuyo motivo muchos católicos abandonaron la ciudad, y se retiraron á diferentes provincias para abrigarse contra la borrasca que ya comenzaba á encrespase: tormenta que no por eso intimidó á los piadosos padres de Estéban para que le consagrasen á Dios en el monasterio de Monte-Aujencio, llamado así por haber sido S. Aujencio el primero que le habitó. Era quinto abad, despues del santo fundador, el bienaventurado Juan, que viendo, observando y oyendo hablar á nuestro Estéban, descubrió los altos designios de la divina Providencia acerca de aquel mancebo, y recibíendole en el número de sus discípulos, le cortó el cabello, y le dió el hábito de monge, aunque no habia cumplido diez y seis años. Abrazó el nuevo género de vida con increíble fervor, distinguiéndose tanto en el ejercicio de todas las virtudes, que muerto el abad, todos los monges obligaron á Estéban (aunque de solos treinta años de edad) á encargarse de su gobierno. El monasterio que se encomendaba á su direccion se reducía á cierto número de celdillas ó de chozas esparcidas aquí y allí por varias partes del monte, en cuya eminencia se dejaba ver una estrecha gruta que dominaba á las demás, y esta escogió Estéban para su habitacion. Desde ella velaba sobre todos los demás solitarios, y desde la misma, como mas inmediata al cielo, tomaba vuelo su alma para elevarse mas fácilmente hasta Dios por medio de la contemplacion. Juntaba el trabajo de manos con la oracion, unas veces fabricando redes, y otras copiando libros, porque tenia excelente pluma. Pero su inclinacion á mayor soledad, y el deseo de hacer vida mas penitente y mas austera, le obligaron á renunciar en Martin la superioridad y la abadía. Retiróse, pues, y fué á encerrar en una celdilla mucho mas estrecha que su gruta: tenia solos dos codos de largo, y medio de ancho; pero tan baja, que solo podia estar en ella encorvado, y la mitad enteramente á la inelemencia; de manera que en el rigor del estío estaba espuesto á los ardores del sol, y en el invierno á todos los rigores del hielo y de la nieve. Su vestido eran unas pobres pieles de carnero ceñidas al cuerpo con una cadena de hierro: asombrosas penitencias, que se podian llamar como ensayo del martirio á que el cielo le tenia destinado. Muy ajenos sus discípulos de la secreta fuga que habia hecho, quedaron estrañamente sorprendidos cuando no le hallaron en su acostumbrada gruta. Buscáronle solícitos por todas partes, y en fin, habiendo dado con él en la nueva habitacion, le dijeron con lágrimas en los ojos: *¿Pues qué, padre, te quieres quitar la vida con una austeridad tan fuera del orden común? ¿quieres dejar-*

nos huérfanos por anticiparte la muerte?—¿No sabeis, hijos (los respondió el siervo de Dios), que el camino del cielo es estrecho? A esto no se atrevieron á replicarle; pero le suplicaron que á lo menos cubriese aquella nueva celdilla, de modo que tuviese alguna tal cual defensa contra el rigor de los temporales. *No es menester*, repuso el Santo; *el cielo me sirve de techo, y escuso otro reparo.* Ibase encendiendo mientras tanto el fuego de la persecucion contra todos los que defendian el culto de las sagradas imágenes. El emperador Constantino Copronimo, tan aborrecido del mundo por su disolucion, como por su crueldad, dirigió principalmente su furor contra los monges, pareciéndole, y no se engañaba, que eran los que hacian mas generosa resistencia á sus impíos y sacrilegos decretos; pero entre los monges, dos con especialidad eran el objeto de su cólera, resuelto á pervertirlos ó á esterminarlos del mundo cuando no los pudiese reducir. Estos fueron S. Andrés Calibita, y nuestro glorioso Estéban. Fué su primera diligencia despacharle un senador llamado Calixto, para que le redujese á su partido; pero perdió el tiempo y las palabras el señor senador. Irritado Constantino, volvió á despachar al mismo con una partida de soldados, y con orden de arrancarle de su celdilla, y ponerle preso en el monasterio que estaba al pié de la montaña. Ejecutóse la orden con inhumanidad; pero se mantuvo invencible la constancia de Estéban. Echóse despues mano de la calumnia, imponiéndole delitos que no habia cometido. Nada se adelantó con este medio, porque triunfó de todo su tolerancia y su inocencia. Envió el emperador algunos obispos para que disputasen con el Santo; pero él los convenció y los confundió con la solidez de sus razones: despues, levantando los ojos y las manos al cielo con un profundo suspiro que arrancó del corazon, exclamó de esta manera: *Cualquiera que no honre la imagen de nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, sea anatematizado, y entre en el número de los que gritaron en otro tiempo, quita la vida á este hombre, crucificalo, crucificalo.* Quedaron atónitos los prelados á vista de la libertad del siervo de Dios: restituyéronse á la corte avergonzados y confusos; y preguntándoles el emperador el éxito de la disputa, Calixto, que la habia presenciado, respondió: *Todos fuimos vencidos, señor, todos fuimos vencidos. La doctrina de este hombre es verdaderamente profunda: no hay resistencia á su argumento: su virtud es incomparable; pero su intrepidez escede á toda ponderacion: se burla de las amenazas, y hace desprecio de la misma muerte.* Desterróle el emperador al Proconeso, una de las islas del Hellesponto, donde ilustró Dios su destierro con muchos milagros

Llamósele del destierro, y fué encerrado en una oscura prision. Al cabo de algunos dias hizo Constantino que se le trajesen á un sitio llamado Faro, donde se hallaba á la sazón, y allí le trató con la mayor indignidad; pero el Santo, sin perder un punto de su ordinaria mansedumbre, le probó el culto de las sagradas imágenes con tan sólidas razones, que no tuvieron que replicarle. Al fin, para confundir al emperador con un argumento palpable, sacó una moneda de oro, que para este intento llevaba prevenida, en que estaba grabada la imagen del mismo príncipe, y mostrándosela, como Cristo en otra ocasion á los judíos, le preguntó: *¿De quién es esta imagen?—¿De quién ha de ser sino del emperador?* respondió Copronimo con desabrimiento, ofendido de la libertad y de la pregunta.—*Bien*, replicó el Santo. *Y si alguno la arrojara al suelo con desprecio; si la pusiera debajo de sus pies y la pisara, ¿se le daría algun castigo?*—*Sin duda*, respondieron todos los presentes. Suspiró entonces el siervo de Dios, y con el corazon penetrado de dolor, exclamó de esta manera: *¡Oh deplorable ceguedad! vosotros decís que merece castigo cualquiera que trata con desprecio, arroja al suelo, y pisa la imagen del emperador, siendo así que no es mas que un hombre mortal; ¿pues qué castigo merecerán los que pisan, atropellan y arrojan al fuego las imágenes del Hijo de Dios y de su santísima Madre?* Mandó el emperador que le volviesen á la cárcel. Luego que Estéban entró en la prision, entendió por cierta interior luz del Espíritu Santo que allí acabaria sus dias. Encontró en ella trescientos cuarenta y dos solitarios, todos de virtud eminente, que habian sido conducidos de diferentes partes; y toda esta venerable tropa acudió exhalada á Estéban, como á un maestro consumado en el ejercicio de la vida regular, para oír de su boca saludables instrucciones. A todos los instruía, convirtiéndose el pretorio en monasterio por medio de aquellas conferencias espirituales. Despues de muchos meses, dijeron un dia al emperador lo que pasaba en la cárcel, y la honra y veneracion que con la direccion del Santo se hacia en ella á las sagradas imágenes: irritado el emperador, mandó matar á Estéban. Acudieron los ejecutores á la cárcel, y habiendo el Santo salido al ruido, se echaron sobre él, le arrojaron sobre la tierra, quitáronle las prisiones, y atándole fuertemente unas correas á uno de los pies, le arrastraron con el modo mas inhumano, mas cruel y mas indigno por las calles de Constantinopla. Al llegar delante de la iglesia de S. Teodoro mártir, quiso Estéban apoyarse sobre las dos manos para hacer al Santo una profunda reverencia por último testimonio de su tierna veneracion. Notólo uno de los ver-

dugos, llamado Filomato, y gritó lleno de furia: *¿No veis como ese malvado quisiera morir mártir?* Y diciendo y haciendo arrojó un grueso palo de una bomba, que servia para apagar los incendios, y le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que con efecto hizo un mártir mas en nuestro Santo. Créese que su muerte sucedió el dia 28 de noviembre del año 766, á los cincuenta y tres de su edad.

SAN QUARDO, CONOCIDO CON EL NOMBRE DE FAMIANO.

ESTE glorioso confesor nació el año 1090 en Colonia, ciudad de Alemania, de padres nobles llamados Godescalco y Giumera. En el bautismo se llamó *Quardo*: despues de su muerte es conocido con el de *Famiano*; no se sabe si este nombre se le puso él mismo, para que no se supiese quién era ni de dónde. Da motivo para sospechar esto la variedad de sucesos de su vida. Criáronle sus padres santamente, salió aprovechado en virtud y letras. A los diez y ocho años de su edad, abriéndole Dios los ojos para que conociese la burlería del mundo, y llamándole á vida mas perfecta, dejó su casa y su patria, y se fué en romería á visitar los sepuleros de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y otros santuarios de Italia. Al cabo de seis años vino á España á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y en Galicia se detuvo tres años viviendo vida muy áspera bajo la direccion de un anciano muy ejemplar que florecia en aquella tierra. Con acuerdo de este santo varon pasó al Oriente á visitar los sagrados lugares de Palestina, de allí al cabo de otros tres años volvió á Galicia, donde emprendió vida solitaria, escondido en los bosques, manteniéndose de yerbas, negado á todo regalo y descanso y consuelo humano.

No se sabe cuanto tiempo vivió en el desierto, sino que de aquí pasó á un monasterio que por las señas era la casa de ermitaños que habia en el obispado de Tuy, entre el rio Miño y la villa de Bayona, dedicada á los santos Cosme y Damian. Allí floreció este siervo de Dios en toda virtud por espacio de veinte y cinco años hasta el de 1142 en que pasó á ser monge del monasterio de *Osera*, sujeto ya al Cister, fundado en el año 1137 y dotado por el emperador D. Alonso á peticion del conde de Galicia D. Fernando. Vivía aun Garcia, primer abad de esta casa, el cual con gozo recibió en ella á este soldado tan bien disciplinado en la milicia de la perfeccion evangélica. Y aunque segun la regla debia preceder á la vida solitaria la cenobítica, la acreditada virtud de *Quardo* mereció que se le diese licencia para vivir en soledad